

La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

LOS AMARILLOS

—Mi amo, ¿por qué visten de amarillo á los locos?

—Quita allá.

—Sí, señor, que los he visto yo en Carabanchel.

—Eso son los chicos de la Casa de Reforma de Santa Rita.

—No sé lo que es eso.

—Si que estás atrasado de noticias. ¿No has oído hablar de los Hermanos Terciarios de Nuestra Señora de los Dolores?

—No, señor.

—Pues mira. Los presidiarios son tal vez los seres más desgraciados de la tierra. Sus desventuras en punto á alimentos, vestido etc. no tienen ponderación. No puedo puntualizártelas, porque los cargos concretos está uno obligado á probarlos, y eso de probar las acusaciones tiene tres pares de bemoles; pero en fin, dos cosas te diré. Por regla general los presidiarios están ociosos. Imagínate tú unos cuantos cientos de hombres en aquellos patios todo el día con los brazos cruzados, mirándose unos á otros; piensa que, aunque haya sus excepciones, son lo peor de cada casa; y échate á discurrir lo que aquellas cabazas inventarán, y como andará aquello de moralidad y buenos pensamientos.

—Mi amo, si está uno harto de ver que la ociosidad es madre de todos los vicios.

—Cabal: ese es uno de los motivos porque los presidios son más bien escuelas de corrupción, y salen por lo comun los que allí van peores que han entrado. Ocasiones hay en que puede ser grande obra de caridad el evitar que entre en tales sitios algun desdichado que haya cometido un delito.

Ya verás. En lo tocante á comodidades solo sé lo que contaba á D. ADOLFO CLAVARANA que esté en gloria un gitano á quien había favorecido. Venía el pobre gitano del presidio de Tarragona, y refería que en el verano, para huir de los chinches, y poder dormir, todas las noches se metía en un saco, y hacía que un compañero atara el saco por la boca.

—Mi amo, eso es horrendo. Si ya parece que me falta á mi la respiración de pensar en aquel hombre dentro del saco con la boca atada y en pleno agosto. Eso

es un suplicio digno del mismísimo infierno.

—Por todo esto el P. Luis de Masamagrell, actual guardian del convento de capuchinos de esta Ciudad, compadecido de la compleja desgracia de estos infelices, ideó los Hermanos Capuchinos Terciarios de Nuestra Señora de los Dolores, para el cuidado y educación de los presidiarios.

Fundado que los hubo, ofrecieron al Gobierno encargarse de los presidios sin más dotación de la que actualmente reciben los presidiarios; de modo que se ahorra el Estado todo lo que le cuesta el personal.

—¿Y los Hermanos de que se iban á mantener?

—De lo de los presidiarios.

—Pues haga usted cuenta que es la multiplicación de los panes y los peces. En seguida aceptaría el Gobierno la proposición.

—¡Cál: nada de eso. Sea por odio sectario, ó por cobardía, siguen los presidiarios ociosos y desventurados, y el Estado pagando lo que importa el personal de penales.

—Tambien digo yo, mi amo, que el Cuerpo de Penales qué iba á hacer entonces, que hasta oposiciones les exigen.

—¿Que qué iba á hacer? Seguir cobrando sin trabajar hasta que se murieran todos, ó los fueran colocando en otros destinos inamovibles y de comparable trabajo.

—Tiene usted razón.

—Claro que la tengo. Te ahogas en poca agua.

En esta situación los benditos y defraudados Hermanos, se vieron obligados á clasificar á los presidiarios en *presidiarios presentes, y presidiarios futuros*; y no pudiendo educar á los presentes, se dedicaron á educar á los futuros fundando una casa de corrección en Torrente, Provincia de Valencia, para chicos menores de quince años. Allí recogen todos los pillos que sus padres les entregan, ó pueden conquistar, y de balde les dan de comer, los educan, y enseñan un oficio. ¡Cuánto será posible que tengan que sufrir esos Hermanos con semejante canalla! ¡Cuántos apuros pasarán para alimentarlos, cuidarlos y vestirlos!

—Mi amo, eso es hermostísimo. No se me había ocurrido cosa tal.

—El P. General me decía hace tiempo que un día se les escaparon dos, y en cinco ó seis horas que estuvieron en Valencia hasta que lograron cogerlos, limpiaron media Valencia, y removieron la otra media. En cambio uno de aquellos, más malo que Lutero, es hoy un ejemplarísimo hermano terciario que paga á sus prójimos en la misma moneda que él recibió.

—Mi amo, me están dando ganas de meterme yo tambien terciario.

—No puede ser: no tienen noria en el huerto.

—Pues verlos sí que quiero.

—Entra cuando pases por Carabanchel; que allí hay otra casa de pago para los hijos de los ricos que no pueden hacer camino de ellos. Al entrar los rapan, les ponen un traje amarillo, y los encierran en una celda. Si se portan bien, pasan á servir en la cocina; y si siguen portándose bien quince días, les cambian el traje amarillo por otro azul, y los ponen á estudiar ó á un oficio. Si se portan mal quince días, desandan el camino, volviendo otros quince á la cocina, y al traje amarillo y á la celda si se empernan.

—Entonces esos serían los que yo pensaba que eran locos.

—Justo, y por eso les llaman *Los Amarillos*.

Te digo que esa santa casa de corrección hace prodigios. Este año en junio han presentado á exámenes en las carreras de Filosofía, Derecho y Ciencias veinticuatro educandos, y se han llevado tres sobresalientes, nueve notables, diez aprobados y dos suspensos, con una licenciatura sobresaliente.

En la escuela de Ingenieros han tenido nueve aprobados; y en el Instituto seis sobresalientes, diez notables, y siete aprobados, con un título de bachiller sobresaliente.

—Por vida, mi amo, que se conoce que no son tontos los muchachos.

—Esos revoltosos suelen ser listos.

—¿Y no se les escapan?

—Algun caso puede darse, pero de ordinario están los chicos muy contentos. No hace mucho sacaron un día de *pasillo*

al Pardo á un buen número en premio á su comportamiento y aplicación, y ni uno solo dejó de volver tranquilamente por la noche; y este mes pasado han estado tres semanas cinco educandos con Fray Rafael M.^a de Onteniente en el Monasterio de Yuste haciendo correrías y cazando por los pueblos y montes de la Vera, y todos han vuelto muy satisfechos al correccional.

—¡Mecachis, mi amo, si los religiosos gobernarán entonces si que estaríamos bien!

—Ya lo han echo, y han dejado muy bien puesto el pabellón, pero eso no lo verán tus ojos. Los gobiernos masónicos y liberales que hoy se usan en todas partes lo que quieren es impedir que los religiosos guien el talento de los jóvenes, obligándole á dar frutos sanos; y muy al contrario, procuran que la educación y la enseñanza sin Dios corrompa las nuevas generaciones para preparar el triunfo de Satanás, que es el Dios de los masones.

—Con su pan se lo coman.

—No es eso lo triste, sino que nos hacen pasar á todos por el aro. Por supuesto, la culpa la tiene quien pudiendo no lucha cara á cara contra los gobiernos liberales y masónicos aunque tenga que dejarse los pelos en la gatera.

—Pare usted el carro, mi amo, que eso de dejarse los pelos en la gatera tiene muchos pelos.

—Pues ¿sabes lo que te digo, Blas?: que al que no le arde el pelo que se aguarde, que ya se lo chamuscarán los liberales, y entonces serán las madres mias.

AMANCIO MESEGUER.

LA CEREZAS

—¡Bartolol

—¡Bartolooooo!

—Nadie contesta.

—¡Bartolooooo! Mira que són ya las cinco.

—Tampoco se oye una palabra. Seguramente el llamado Bartolo estaba sordo, ó se hacia el sordo, y no le daba la gana de contestar pues no hay peor sordo que el que no quiere oír.

Por fin, despues de ocho ó diez Bartolicoos, se oyó una voz áspera, desabrida y colérica y de mal humor. . . .

—¡Ya voy!

Y al poco salió de un cuarto contiguo un muchachon de unos quince años, grande y robusto, á medio vestir, metiéndose

en cada ojo y restregándose los hasta saltarse las pestañas.

—Vamos, ya estoy aquí ¿que hay?

El que llamaba, era un buen hombre, labriego ya entrado en años, madrugador, honrado y laborioso, padre del que tan reacio contestaba; y del parentesco cercano no podía dudarse, por la gran semejanza física que entre los dos había; pues en cuanto á la moral, no existían dos seres tan desemejantes.

El uno era trabajador, activo, cariñoso; el hijo era maganton, brusco y perezoso, y siempre con cara de vinagre.

Se le cafan los brazos á lo largo del cuerpo, y por no encorvarse, hubiera dejado perder un imperio. Parecía que se desayunaba con varas de cortina ó cañas de escoba; era grande su pereza y magantería; pero al propio tiempo gulón glotonazo, tanto como mal trabaja, solo tenía actividad para ir tras los buenos bocados; y no había fruta por alto que estuviese el arbol, que se hallase libre de su glotona rapacidad.

—Pero, hijo mío, díjole el padre con dulzura; son ya las cinco, y hemos de ir al pueblo antes que queme el sol, y hay más de una legua.

—¿Y qué? contestó desabridamente Bartolo; si no volvemos á las ocho, volveremos á las nueve: lo mismo dá.

—Pero hombre, ¿y las faenas de esta mañana? Hemos de cabar el bancal hondo y regar el otro.

—Pues lo haremos por la tarde.

—¿Y los trabajos de la tarde?

—Pues los dejaremos para mañana.

—¡Válgame Dios! exclamó suspirando el buen viejo. ¡Qué trabajo tengo! ¿no conoces que muchas veces, por no hacer á punto una faena cualquiera, por no hacerla á tiempo, luego te cuesta doble, hijo mío?

Bueno, bueno; ya hemos comenzao el día con refiuras.

Anda, dijo el viejo; apareja la burra, échale un pienso antes, y al avío. Compraremos el trillo y lo demas que nos haga falta, y á las ocho ya estamos de vuelta, y entonces almorzaremos.

Murmurando, como acostumbraba siempre que se trataba de trabajar mucho Zampatortas aparejó la burruca, que con bastante más talento y resignación que nuestro Bartolo, dió un rebuzno de alegría cuando hubo antes visto que le llenaban el pesebre; se dejó ataviar sin decir «esta boca es mia,» echó un trago largo en una pila vecina; y al sentir una caricia que con una vara le hizo el chico en la parte traseira que dejaba descubierto el aparejo,

blo cercano, cuyo camino se sabia muy de memoria.

Iba la burra delante con el ramal echado al cuello, pues no tenía necesidad de que la guiasen, el padre tras ella, y el Bartolillo cerraba la marcha, pues parece que tenía á gala el llegar siempre detras de todos.

Un poco antes de llegar al pueblo tropezó el viejo con un objeto duro; dióle con el pié, y vió que era una herradura aun bastante servible.

—Cójela, dijo á su hijo, y guárdala.

—¿Y para qué sirve eso? dijo el zagalón, con desprecio. ¿Me he de incomodar pa cojer una cosa que nada vale?

El padre no contestó; se inclinó, cojió la herradura, y se la metió en la faja.

Llegaron al pueblo, compraron lo que les hacía falta, cargaron la burra, el viejo vendió la herradura en casa del herrador por diez céntimos, adquirió por ellos media libra de cerezas, gordas, hermosas, encarnadas, que puso en un pañuelo, y tomaron el camino de vuelta á la casa, en el mismo orden que cuando venían al pueblo: la burra, el padre, y como siempre, el chico detras de todos.

—Hijo mío, decía el padre; del trabajo sale la virtud; á la llave que no se usa se la come el robín; el hombre perezoso, pobre y menesterozo; al que madruga Dios le ayuda; y uno que madrugó un bolsillo se encontró...

—Pero más madrugó el que lo perdió repuso prontamente el chico.

Sin hacer caso de la interrupción del Bartolo, siguió el viejo: «Levántate temprano, y te sobrará el tiempo en invierno y en verano; y en el campo, la señora, levantóse con la aurora; y el que se levanta tarde ni oye misa ni come carne; y molino parado no gana maquila; y hacienda tu amo te vea.

Y con estos y otros semejantes refranes adajios y consejos, pensaba el buen viejo cepillar la natural rusticidad y taruguería de aquel zanguango; pero todos estos consejos, y otros muchos por un oído le entraban y por otro le salían ó por mejor decir, ni entraban ni le salían, porque los oía como si oyera llover.

Ya á la mitad del camino, hacía bastante calor, picaba el sol arreaba la burra deseando llegar al suspirado pesebre, cuando el padre, sin que lo advirtiese el hijo dejó caer una cereza en tierra. El chico se bajó prontamente, la cojió, se la echó á la boca, que la tenía seca del calor y del polvo del camino. A poco dejó caer otra cereza, y torna el chico á bajarse y á comérsela. Cae al poco otra, y otra vez vuelve á inclinarse con la mayor presteza,

y á la boca con la cereza. Todo lo miraba el padre de reojo; cuando vuelve á dejar caer otra cereza; que cojida como las demás, es sepultada prontamente en la barriga, muy ágil y listo nuestro zagal en bajarse, cojerla y tragarla. En fin; treinta cerezas cayeron en tierra, y treinta veces en menos de un cuarto de hora, se bajó el zagal á cojer y zamparse treinta cerezas. Cuando hubo tragado la última.

—Oiga usted, dijo el viejo; Señor Bar; tolo; ¡cuantas veces se ha bajado V. en tierra á cojer una cereza!

—No las he contado, repuso con mal gusto el zagalon.

—Pues yo si que las he contado, dijo el padre; treinta veces, señor maganto, han sido las que usted ha bajado hasta el suelo, inclinándose y agachándose con la mayor presteza, á cojer una cereza, cuando usted no quiso bajarse una á cojer la herradura que usted despreció. No quiso usted doblar su rodilla una vez y la ha doblado usted treinta. No quiso usted bajarse una vez, y se ha bajado usted treinta. Ha despreciado usted una herradura, porque decía usted que no valía nada, y no ha despreciado usted una cereza que vale treinta veces menos que una herradura.

Confuso y avergonzado quedó nuestro mal trabaja con la lección que le había dado su padre; conociendo que no se deben despreciar las cosas por pequeñas é insignificantes que nos parezcan, y que muchas veces no queremos incomodarnos para ejecutar un pequeño trabajo, y por no hacer el menor esfuerzo lo hacemos luego treinta veces mayor.

Y llegaron á casa, descargaron la buarra, almorzaron tranquilamente, y á Bartolillo no se le olvidó en mucho tiempo el caso de la herradura y de las cerezas del camino.

Joaquin Martinez Lozano.

VARIEDADES

DIME LE QUE BLASONAS

Y TE DIRE DE QUE CARECES

Nunca como en nuestros tiempos se ha blasonado tanto de libertad, de igualdad y de fraternidad y nunca como en ellos se ha carecido más de lo que dichas palabras espresan.

Porque vamos á ver, ¿qué libertad ha ganado el jornalero con las llamadas nuevas conquistas de la revolución. Antiguamente de tejas á bajo el obrero solo tenía que obedecer á la autoridad y al que le

daba trabajo; ahora además de aquellos tiene que acatar las ordenes del presidente de la sociedad obrera que le ordena á qué hora ha de comenzar el trabajo; á qué hora ha de dejarlo, que día ha de trabajar, cual ha de holgar, etc. etc.

El comerciante por su parte además de todas las leyes que le obligan como ciudadano y como comerciante, está sugeto á la arbitraria y tiránica voluntad del primer grupo de desarrapados que le exige cerrar el establecimiento aperciéndole, si no lo hace á la primera indicación, con los persuasivos guijarros del arroyo como ha ocurrido recientemente en Salamanca y como está pasando con frecuencia en otras poblaciones.

En cuanto á igualdad como no sea en los tiempos del Imperio Romano no creo que haya en la historia otros en los que la desigualdad sea más profunda.

Gracias á la ilimitada libertad industrial nunca ha habido ricos más ricos y por consiguiente jamás han existido pobres más pobres.

¿Y de fraternidad? ¡Oh! de eso no hay que hablar. Basta recordar las tiernas muestras de afecto que en forma de castañas explosivas envían con frecuencia los hermanos súbditos á los hermanos constituidos en autoridad y las frases de cariño que les prodigan en sus periódicos y folletos.

EL ARTE DE SER FELIZ

Ganaba un hombre seis reales y estaba siempre tan contento, que su felicidad era el asombro de cuantos le trataban. Un Abogado, con ribetes de filósofo, quiso apreciar de cerca aquel portento, y se fué á verle.

—¿Como se arregla usted para ser feliz? —le preguntó.

—Muy sencillo,—dijo el otro.—Cumpro con mi deber, no ofendo nunca á nadie y me río siempre de mi mismo.

—¿Usted no tiene más que seis reales de jornal?

—Nada más.

—¿Y tiene familia?

—Bastante.

—¿Y cómo le alcanza tan escaso haber?

—¿Escaso? Pues tengo mujer, dos hijos, una hija y mis padres muy ancianos.

—¿Y te alcanza el jornal?

—Con él mantengo mis obligaciones, pago deudas atrasadas, pongo dinero á réditos y aún tiro el dinero por la ventana.

—¿Estás en tu juicio?

—Si, señor.

—Pues si no me lo explicas no lo entiendo.

porque es imposible.

—Pues verá usted: mantengo mis obligaciones, porque vivimos todos con seis reales; pago deudas atrasadas, porque mantengo á mis padres; pongo dinero á réditos porque sostengo á mis hijos, que me sostendrán á mi cuando sea viejo como yo sostengo á mis padres; ¡y en fin, tiro dinero por la ventana, porque mantengo á una hija, que el mejor día se casará, y... si te he visto no me acuerdo.

Cuentan las crónicas que el Abogado aprendió, que en el cumplimiento del deber y en la conformidad con la voluntad divina, está la felicidad que en vano buscaba en otra parte.

UNA COSA ES PREDICAR Y OTRA DAR TRIGO.

Leemos en *La Semana Católica* de Madrid.

«El lunes ocurrió en Santander un suceso que dió ocasión á muchos y sabrosos comentarios. Tres obreros huelguistas llamados José y Manuel Ballesteros y Juan Romero García, trabajadores del muelle, se encontraron en desesperada situación. Ante la imperiosa necesidad de comer, dispuestos á todo, resolvieron entrar en una taberna y comer. Pensando donde entrarían, decidieron ir á la del compañero Facundo Perezaga, conocido socialista que durante muchos años ha residido en Bilbao, de donde salió desterrado en cumplimiento de una sentencia, y hace poco ha fijado su residencia en Santander, donde contribuyó no poco á la huelga de cargadores. Entraron los obreros mencionados y pidieron de comer tan modestamente que hicieron solo un gasto de 45 céntimos cada uno.

Al terminar, expusieron al dueño del establecimiento su triste situación y... allí fué troya. El tabernero y jefe socialista, en una pieza, se indignó de tal manera que en compañía de otros parroquianos, la emprendió á golpes con los que se habían permitido aquel *banquete*. Después llamó á un guardia municipal é interesó la detencion de los tres obreros, los cuales fueron conducidos al Principal.

EN EL CONGO FRANCES

El siguiente episodio lo relata en una carta el Superior de la Misión de Abanga en el Congo francés:

«Anteayer mis pequeños alumnos (ya he podido reclutar 20) faltaron á clase. Ayer todos se presentaron, y al preguntárles la causa de su falta de asistencia, me contestó uno de ellos:

—Estábamos en una gran fiesta.

—¿Y qué fue ello?

—Que asaron dos prisioneros.

—¿Y qué más?

—Que nos lo comimos.

—¿Y vosotros también tomásteis parte en el festín?

—Bien poca cosa: sólo nos dieron á chupar los huesos, pues los hombres se lo comieron todo.

Y riéndose con la mayor naturalidad del mundo, empezaron su lección del día.

Véase por lo expuesto la obra de civilización que tienen que realizar los Religiosos, víctimas del odio sectario en Francia.

Clavarana y la prensa

INMEMORIAM

Adolfo Clavarana y Garriga es un nombre conocidísimo en toda España y en casi toda América Latina como Director del periodiquito LA LECTURA POPULAR.

Por millares y millares vuelan las hojitas de esa publicación, tirada en ordinario papel, de formato sencillo é impresión semiborrada pero con unos articulitos, diálogos y noticias de tanta sustancia, tanta gracia y tanta sal, que ni los grandes periódicos y revistas pudieron disputarle la palma. Sólo hay un escritor, y otro periódico en España que pueden citarse como émulos de Clavarana y de su LECTURA POPULAR, imbuidos en los mismos ideales, empapados en la misma gracia y donaire con el mismo dón de la popularidad indiscutible: es el sacerdote Sr. Sardá y Salvany de Barcelona y su famosa *Revista Popular*.

Fué Clavarana un apologista sin miedo profundo conocedor de los resortes del humano corazón, médico acertadísimo para hacer la autopsia de la sociedad moderna en cuanto tiene de *cadáver*, peritísimo en lo de aplicar medicinas eficaces al pueblo enfermo del cáncer social que se llama indiferentismo ó liberalismo ó ignorancia supina. Pero Clavarana no curaba con medicinas de gran sabio que aplica combinaciones químicas: Clavarana curaba con remedios caseros por muchos despreciados pero de eficacia indiscutible.

De instrucción bien cimentada y completa, sabía manejar un estilo en la polémica que era inimitable; con mucho de Oriental, amaba con delirio las parábolas y cuentos con moralejas bien adecuadas que no había más que pedir en lo oportunos, ingeniosos y bien desarrollados.

Su noble misión de paladín de la causa de Cristo le deparó algunas persecuciones, de las que Clavarana reía en su amada *Lectura Popular*, porque siempre harán reír á los corazones generosos los enojos de los malos y persecuciones con que no hacen más que caldear el fuego del amor á la buena causa.

Después de largos años de pelear como bueno por la causa de Dios y de su Iglesia siempre en la brecha y sin desmayo, plugo á Dios llamarlo á sus eternas mansiones para saldar como bueno y justísimo pagador, la deuda que graciosamente tenía con ese distinguido escritor católico.

Después de recibir gozoso y lleno de piedad, los santos sacramentos Clavarana entregó plácidamente su alma á Dios en la mañana del 14 de Febrero de este año.

Toda la prensa católica de España ha relatado con dolor su muerte.

La memoria de este escritor será inmortal, su monumento será en todas partes las colecciones de *La Lectura Popular*, que se leen siempre con fruición; y su nombre escrito está entre los hijos predilectos de la Iglesia y los elegidos del Señor.

De *El Orden Social*.

Heredia. República de Costa Rica.

BIBLIOGRAFIA

PROPAGANDA CATÓLICA POR D. FELIX SARDA Y SALVANY, PBRO, director de la *«Revista Popular»* de Barcelona tomo X. La ya tan numerosa colección de este título acaba de aumentarse con un nuevo volumen, que como los anteriores no dudamos obtendrá el favor de cuantos siguen con interés la marcha de la propaganda de los buenos libros en nuestra patria.

Componen el presente varios de los que en más reducida extensión se dieron años atrás bajo la denominación general de *El buen combate*, y á ellos se han agregado últimamente unos pocos más de igual índole, aún no publicados hasta hoy en esta forma. Los opúsculos son veintidos, y sus materias son tales, que pueden ser de utilidad en todos tiempos y á toda suerte de personas, sin perjuicio del carácter dominante de todos los trabajos de su autor, que es el de dirigirse casi siempre con preferencia á las clases populares.

CONDICIONES.—Forma cada uno de los nueve tomos un volumen en 4.º con tipos claros, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 pesetas en rústica, 6 lujosamente encuadernado en tela y plancha dorada, y 7.50 con la misma encuadernación y corte dorado. Puede remitir el importe en letra de crédito, libranza ó en

billetes de franqueo, certificando en este caso la carta.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona, y á los señores Corresponsales de la misma.

LOS TRES MARTIRES HÚNGAROS el canónigo Marcos Esteban Crissino y los padres Esteban Póngracz y Melchor Grodecz de la compañía de Jesús por el P. Luis M.ª Ortiz de la misma compañía, con licencia, Gustavo Gili, Editor. Barcelona, 285, Consejo de Ciento.

HUGO MIONI.—LA ERMITA DE LA MONTAÑA —Cuento oriental (*Con licencia eclesiástica*)

CUENTOS ALEGRES Y VERDADES TRISTES.—Apendice El tío Pontepito, El bolsillo de oro y El señor Tiburón. (*Con licencia eclesiástica*.)

JUAN DEVILLIERS.—CORTE Y CORTIJO Versión española de D. Francisco Fraga y Escuer Médico titular de Santa Cruz de Campezo (Álava) (*Con licencia eclesiástica*)

LEYENDAS Y TRADICIONES por Francisco de P. Capella (*Con licencia eclesiástica*) Librería Salesiana de Sarriá (Barcelona) Precio. —En rústica 0,50. Id. tela 0,75. Id. corte dorado 1.00.

LECTURAS POPULARES

Cuentos, artículos y diálogos originales de D. Adolfo Clavarana.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no venga acompañada de su importe.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras que se propague más fácilmente.

Cada accionista tiene derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. y manda distribuir por las aldeas, huertas, aserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » » » »
Un cuarto id.	1 » » » »
Un octavo id.	0,50 » » » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Gracia, administrador de este periódico, O.ª Huerta. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pasadizo principal.